

Luis Reyes García

“Relato sobre llamada de Tona”

p. 213-218

Textos de medicina náhuatl

Alfredo López Austin (compilación e introducción)

Cuarta edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

230 p.

Mapas e ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl. Monografías, 19)

ISBN 968-36-2988-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 3 de mayo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/textos/medicina_nahuatl.html



INSTITUTO
de INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

RELATO SOBRE LLAMADA DE TONA

Luis Reyes García

PRESENTACIÓN DEL TEXTO

El siguiente relato fue hecho por Fausto de la Cruz, de cuarenta años de edad, en noviembre de 1962. Fue grabado por Luis Reyes García en Cuauhixtláhuac, municipio de Zongolica, estado de Veracruz. Luis Reyes García publicará en fecha próxima este texto en su versión original y con traducción al español en una colección que comprenderá documentos nahuas de los estados de Puebla y Veracruz. La traducción que aquí se incluye es la del propio Reyes García.

RELATO SOBRE LLAMADA DE TONA

Cuando fuimos allá al cerro con el fin de cazar y me hirió la víbora, la que llaman “palanca”, aquí exactamente me cogió, cerca de uno de mis ojos, cuando me hirió. Otra vez se colgaba de mí. De un ayate que llevaba colgado del hombro se colgó, y entonces se me enredó en el cuerpo. Di entonces saltos de esta manera: sobre ella pisé, y corrí. Aunque le grité a mi hermano, que iba adelante, y aunque él volvió, pensando en dispararle, ya en ninguna parte la vio; se escapó; se metió debajo de las piedras.

Pero la sangre, señor, hasta por aquí, hasta allá llegaba el chorro de sangre. De inmediato se hinchó mi cabeza, se llenó completamente. Comí un poco de pólvora, un poco del camote antiviperino, y algo de “acuyo”. Poco a poco comí mucha medicina, con lo que resistí.

Al día siguiente, pues, fue un enviado a Zongolica; fue a traer medicina. Entonces, al regresar, me dieron una copa de lo que trajo, y con esto cesó la acción del veneno. Toda acción cesó y se alivió mi cara.

Como a los cuatro o cinco días ya de caminar, por mi porquería enfermé otra vez. Había mangos; era exactamente el tiempo de mangos, y mis hermanos no sé a dónde fueron a traer un *tepeiscuintle*. Estaba asado. Lo asaron y lo guardaron en un cesto grande. Y como ya andaba caminando, vi colgado el cesto grande y metí la mano, y toqué la carne asada. Arranqué un pedazo y comí; corté un

pedacito de mango y me lo comí. Hice esto temprano, y ya para esta hora otra vez se había inflamado mi cara, completamente. Ahora sí fue cuando me llevaron a Zongolica. Parece que estuve allá un mes.

No me curaba el doctor. Cambiaron de doctor y él me alivió. Bueno, me alivié, pero me vine a mi casa. Pues del todo se alivió, completamente, mi rostro; pero no me levantaba y enflaquecí mucho, me sequé, y además soñaba que veía venir a la víbora y veía venir a la víbora. Pues así, de esta manera soñaba. Esto me sucedió en junio, a fines de junio, y fue hasta diciembre cuando ahí se encontraba un señor cuyo nombre era Anselmo Xalamihua.

El sabía la manera de gritar a la *tona*. Entonces lo fueron a ver y mi hermano lo llevó allá donde tuve el accidente. Me quitó mi camisa aquí y se la llevó. Llegó allá. Antes pidió velas, aguardiente, azúcar, y lo que llamamos flores de ofrenda: doce flores de ofrenda llevó, las hojas del naranjo —de ellas toman tres—, y ahí en su centro colocan una flor de *simpualxóchitl*, y de este modo colocada, amarran doce atados.

Allá los colocan sobre la superficie terrestre, junto con la cera y el agua bendita. Con incienso allá inciensan. El sabe cómo lo hace; él sabe gritar a la *tona*. Va a platicarle a la tierra.

Ya llegaron allá, cerca del lugar del accidente. Dicen, pues, que allá me encontraron. Vio que allá andaba corriendo, entre las matas de *tepejilote*. Entonces, dicen que llegaron allá. Mi hermano le enseñó en dónde exactamente. Entonces hicieron café. Colocó correctamente las cosas. Sobre la superficie de la tierra hizo su adorno; colocó las velas de cera. Allá habló y habló; pero yo no sé cómo es eso, cuál es la forma en que habla, en que le habla a la superficie terrestre. Al regresar me puso mi camisa. Otra vez vino a colocar flores para mí; de la misma manera en que fue a hacerlo allá, lo vino a hacer en casa. Es todo lo que se hizo. Es entonces cuando tocan la botella; gritan mi nombre y tocan la botella.

Así con esto me fueron a traer, vaya, me fueron a llamar. También el agua que contenía tierra. En el lugar donde tuve el accidente, ahí recogió tierra y la puso con agua en la botella. Al llegar aquí me la roció y me la hizo beber. Me hizo poner la camisa. Otra vez puso flores para mí en la tierra.

Eso fue todo. Y siete días después ya había cobrado fuerzas; ya empecé a salir: había sanado en verdad. Y si no hubiera hecho

esto, no me hubiese aliviado. Si no me hubieran llamado, no me hubiera aliviado. Me sucedió esto en junio, y en diciembre me alivié. Ya estaba tardando así, y hasta que fueron a traer a mi *tona* me alivié. Fuerte fue el susto que tuve allá.

